

LA CRISIS DE EUROPA Y EL ASCENSO DEL POPULISMO

Más allá de las elecciones europeas de 2014

Por una casual coincidencia, las elecciones al Parlamento Europeo del mes de mayo de 2014 han tenido lugar en el año en que se cumplen dos significativos aniversarios de la historia de Europa. El primero de ellos, el centenario del inicio de la Primera Guerra en julio de 1914, un conflicto que marcó el comienzo de una dramática etapa en la historia del continente que no se cerró, para Europa occidental, hasta 1945 y que se prolongó hasta 1989 para los países europeos centro-orientales sometidos al dominio soviético desde el final de la Segunda Guerra. Esta última fecha, cuyo veinticinco aniversario se cumple también en 2014, ha adquirido un significado completamente distinto al de la primera. La caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 constituyó, en efecto, un hito simbólico y esperanzador en la reciente historia europea como expresión de la emergencia hacia la libertad política y económica de los países del antiguo Bloque del Este. Constituyó asimismo un reto para la integración europea y para los países occidentales, moralmente obligados a abrir las puertas a esa “otra” Europa, tan olvidada durante más de cuarenta años. Una refle-

Salvador Forner Muñoz es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Alicante. Titular de la Cátedra Jean Monnet de Historia e Instituciones de la Europa Comunitaria.

Heidy-Cristina Senante Berendes es profesora titular adscrita a la Cátedra Jean Monnet.

ción sobre el significado de ambas fechas puede resultar de interés para el análisis de los resultados de las recientes elecciones europeas y de la inflexión en el proceso de integración que, aparentemente, anuncian dichos resultados.

TABLA 1

Eurodiputados de partidos eurófobos y eurocríticos

PAÍS	Extrema derecha y soberanistas		Comunistas y afines		Izquierda radical y extrema izquierda	
	2009	2014	2009	2014	2009	2014
Alemania		8	8	7	8	6
Francia	3	24	4	3		
Italia	9	5	5	3		21
Reino Unido	13	23				
España			2	6		5
Polonia		4				
Holanda	4	3				
Bélgica	2	1				
Grecia		3	2	1	1	7
Hungría	3	3				
Portugal			2	3	3	1
Chequia			4	3		
Suecia		2			1	1
Austria	2	4				
Finlandia	2	2				1
Dinamarca	2	4			1	1
Total	40	86	27	26	14	43

Por más que algunas derivas actuales de Europa planteen la tentación de establecer paralelismos con aquella prolongada crisis que se abrió hace ahora cien años, caeríamos, de hacerlo, en un flagrante anacronismo. Es cierto que el rebrote de actitudes xenófobas, la exacerbación nacionalista y la polarización ideológica hacia los extremos han alcanzado en las recientes elecciones europeas, como puede apreciarse en la tabla adjunta, un nivel desconocido hasta el momento. Pero la creciente desafección de un importante sector de la opinión pública hacia la Unión Europea comenzó hace ya algunos años y tiene sus orígenes remotos en el progresivo agotamiento del modelo de crecimiento

y desarrollo en el que se fundamentó el proceso de integración europea durante la segunda mitad del siglo XX. Esa desafección se ha agudizado durante los últimos años como consecuencia de la crisis económica y ha permitido la emergencia de un populismo que, a derecha e izquierda, ha encontrado un caldo de cultivo adecuado para conseguir, con recetas antieuropeístas simples y demagógicas, un significativo respaldo electoral.

Paradójicamente, el ascenso del populismo antieuropeísta –bajo la forma de eurofobia o de eurocriticismo– se ha hecho visible desde el punto de vista de la representación política gracias a las posibilidades ofrecidas por el espacio político europeo como consecuencia de un sistema electoral proporcional con circunscripciones muy amplias o únicas para cada país. Ello favorece una mayor visibilidad de opciones minoritarias o escasamente representadas en sus respectivos parlamentos nacionales, derivada en algunos casos como los de Reino Unido y Francia de la existencia de sistemas electorales mayoritarios. Pero es precisamente ese nuevo espacio político europeo –con sus canales de participación y sus posibilidades de cooperación transnacional, incluso para dichas fuerzas “antisistema”– una de las mayores garantías para que la actual crisis europea, a pesar de su gravedad, no sea mínimamente comparable con la que Europa padeció durante la primera mitad del siglo XX.

La integración europea se inició, por lo demás, dentro de una lógica económica que la convertía en beneficiosa para los distintos intereses nacionales, pero tuvo también un componente de necesaria unidad y cooperación política con las que superar los enfrentamientos y desgarros que hasta el final de la Segunda Guerra habían padecido los europeos. Ese legado parece lo suficientemente consolidado como para que el sobresalto electoral de mayo de 2014 pueda ser contemplado sin excesivo dramatismo. Lo que no quiere decir que no constituya un serio aviso de los riesgos que pueden avecinarse, particularmente si se produce una desestabilización de la relación franco-alemana como consecuencia del deslizamiento de la opinión pública gala hacia un nacionalismo económico y monetario que rompería los fundamentos de la actual Unión Europea establecidos en el Tratado de Maastricht.

LA INCUBACIÓN DE LA CRISIS EUROPEA

Es con el segundo acontecimiento antes señalado, del que ahora se cumple un cuarto de siglo –la caída del Muro de Berlín en 1989–, donde sí puede encontrarse una estrecha relación con los actuales retos y problemas de la integración europea. La trascendencia de los cambios operados en Europa desde dicha fecha la convierte en una divisoria que señala el fin del orden europeo surgido de las cenizas de la Segunda Guerra; que señala, asimismo, el inicio de un nuevo periodo de la historia de Europa y del proceso de integración comunitaria, desarrollado desde los años cincuenta del pasado siglo. Dicha trascendencia quedó resaltada ya en su momento por acontecimientos cuyas consecuencias han sido, y continúan siendo, determinantes para el devenir europeo de los últimos veinticinco años y que, en gran medida, están en la raíz del distanciamiento entre la ciudadanía y el *establishment* político europeo que ha aflorado con especial fuerza en las últimas elecciones. Desde finales de 1989 hasta comienzos de 1992, es decir, en poco más de dos años, se produjo el hundimiento de los regímenes comunistas de la Europa del Este y la implosión de la Unión Soviética, la reunificación de las dos Alemanias en un único Estado y la aprobación del Tratado de la Unión Europea, hito trascendental en la historia de la Europa comunitaria y en el actual diseño de la UE.

Quizá sea ahora, transcurrido un cuarto de siglo desde dicha simbólica fecha, cuando la sensación de estar viviendo una “historia todavía abierta” se ha hecho más patente, y cuando se percibe con más nitidez la estricta contemporaneidad con el presente de aquellos acontecimientos. La preeminencia de Alemania en el seno de la Unión, tras el inicial bache atravesado como consecuencia de los costes de la reunificación; los problemas institucionales originados por una ampliación sin precedentes; la existencia del euro como factor condicionante de la evolución económica de los países pertenecientes a la Unión Monetaria, y del desigual impacto sobre los mismos de la reciente crisis, echan sus raíces precisamente en las transformaciones, cambios, nuevos proyectos y retos a los que se enfrentó Europa en los años que siguieron a la caída del Muro. Por lo demás, la vuelta a Europa de esa mitad del continente separada durante decenios de la otra mitad, como consecuencia del antiguo dominio soviético, se ha convertido en pieza clave de la geoestrategia europea e

internacional, como muestra en la actualidad el preocupante conflicto ucraniano, y ha dejado ver la inconsistencia y las carencias de la Unión a la hora de adoptar posiciones acordes con los valores que constituyen su fundamento.

No le faltaba razón al historiador británico Perry Anderson cuando algunos años después de la caída del Muro afirmaba que las tres cuestiones cruciales a las que se enfrentaba la Unión Europea en aquellos momentos –la moneda única, el papel de Alemania y la multiplicación de Estados miembros– constituían las arenas movedizas políticas sobre las que debía levantarse el edificio de Europa. Desde la perspectiva que facilitan los veinticinco años de distancia y el conocimiento de la trayectoria de Europa desde dichos momentos hasta nuestros días, puede haber razones para un matizado optimismo sobre la situación actual de la Unión, pero resulta quizá prematuro afirmar que dichas arenas movedizas hayan quedado definitivamente atrás, como bien muestran los resultados de las elecciones de mayo de 2014.

La situación de Europa durante los últimos veinticinco años no solo ha estado condicionada por los cambios geopolíticos y por las consecuencias del impulso de la integración abierto por el Tratado de Maastricht, sino también por una serie de causas estructurales determinantes de un declive europeo, que se ha agudizado desde la crisis de 2008. A partir de la década de 1990, el “modelo” económico y social que había enmarcado el proceso de integración europea desde sus inicios comenzó ya a dar síntomas de agotamiento. Los quince países de la Unión Europea anterior a la ampliación al Este habían pasado de un PIB per cápita en los años 50 equivalente al 50% del de Estados Unidos, al 80% en el año 1990, es decir, se habían acortado considerablemente las distancias con la potencia americana. Pero desde dicha fecha el ritmo de crecimiento europeo comenzó a ralentizarse, siendo el PIB per cápita de dichos países a comienzos del actual siglo inferior al 70% del de Estados Unidos. La conclusión es evidente: la Unión Europea ha comenzado a padecer desde 1990 una auténtica anemia de crecimiento que ha truncado una prolongada tendencia anterior de carácter positivo y que expresa un agotamiento del modelo de desarrollo económico sobre el que se había basado su expansión inicial.

El distanciamiento con respecto a Estados Unidos se ha hecho cada vez más sensible, no solo en lo referente a la riqueza sino también en otras magnitudes como el desempleo, la productividad o la capacidad de innovación tecnológica.

Esa anemia de crecimiento ha pasado factura, aunque con diferencias notables, a todos los países de la Unión, incluso a los dos grandes países fundadores, Francia y Alemania, que entre 2001 y 2004 atravesaron ya por una aguda crisis de crecimiento, incumpliendo los requisitos de déficit y deuda del Plan de Estabilidad. El caso más preocupante era y sigue siendo el de Francia. Las dificultades alemanas echaban sus raíces en las consecuencias económicas de la reunificación, que han sido progresivamente superadas bajo el mandato de Angela Merkel, y donde además se acometió ya bajo el Gobierno socialdemócrata de Schröder un programa de profundas reformas estructurales, con medidas tales como la reforma de las jubilaciones, la reducción de impuestos para pequeñas y medianas empresas, y un riguroso plan de austeridad y reorganización económica del antaño afamado “modelo renano” de desarrollo capitalista.

Pero en Francia las dificultades tenían, y continúan teniendo, un calado más profundo, como se ha manifestado desde el punto de vista político con especial relevancia en las elecciones europeas de mayo de 2014. Con menos importancia en el caso del Reino Unido –país no perteneciente a la Eurozona y donde el ascenso de UKIP, del líder antieuropeo Farage, se inscribe en una tendencia aislacionista siempre presente en la opinión pública británica–, el rotundo triunfo del Frente Nacional de Marine Le Pen, sí que convierte a Francia, de afianzarse dicha tendencia del electorado, en un auténtico problema para el mantenimiento de la Unión Europea, al menos en el diseño de la misma surgida tras el Tratado de Maastricht.

Ese problema venía anunciándose desde años atrás y ha sido expresión, ahora ya sin ningún tipo de ambages, de lo que en 2003 había advertido el ensayista galo Nicolas Baverez en su ensayo *La France qui tombe*¹ sobre el

¹ Baverez, N.: *Francia en declive*, editorial Gota a Gota, 2005.

declive francés. Dicho declive, consecuencia de un modelo de crecimiento basado en el capitalismo de Estado y el corporativismo social, que se acompaña del mantenimiento de una burocracia administrativa y un Estado de bienestar sobredimensionados y difícilmente sostenibles, convierte a Francia en el eslabón débil de una Europa Unida. La pérdida de competitividad de la economía francesa y la existencia de un alto nivel de desempleo han incubado un malestar social que se ha venido traduciendo políticamente desde tiempo atrás en un repliegue nacionalista y en una exigencia de políticas migratorias restrictivas para tratar de impedir la competencia de trabajadores extranjeros en el mercado laboral.

La cuestión migratoria constituye también una de las claves para entender las causas del respaldo a la derecha populista en otros países europeos, como Austria, Holanda o Dinamarca, en las recientes elecciones europeas. En estos dos últimos países, al igual que en Francia, se habían dado ya años atrás serios avisos de un creciente distanciamiento de la ciudadanía respecto a las iniciativas europeas impulsadas desde las formaciones políticas mayoritarias. El propio proceso de ratificación del Tratado de Maastricht estuvo salpicado de accidentes imprevistos como la división prácticamente al cincuenta por ciento de la ciudadanía francesa en el referéndum de ratificación del 20 de septiembre de 1992, que anunciaba ya el rotundo rechazo que años más tarde iba a cosechar el Tratado Constitucional. Pocos meses antes, en junio de 1992, los daneses habían rechazado en referéndum el Tratado y hubo que improvisar una “segunda vuelta” para que por fin, el 18 de mayo de 1993, Dinamarca se pronunciase a favor. El siguiente hito de la divergencia entre ciudadanía y clase política sobre el proyecto europeo se produjo el 29 de mayo de 2005: los resultados de la consulta para la ratificación de la Constitución Europea no pudieron ser más explícitos: con un alto nivel de participación que superó ampliamente el 70%, los franceses rechazaron el Tratado, con un porcentaje de votos negativos del 55%. Las previsiones más pesimistas para la supervivencia del proyecto constitucional se confirmaron durante las semanas siguientes. A los tres días del referéndum francés, los holandeses se pronunciaban también por el no a la Constitución, con mayor contundencia incluso que en Francia.

En realidad, las razones del rechazo francés y holandés a la Constitución Europea –que se habría extendido a otros países de haberse continuado el proceso de ratificaciones– poco tenían que ver estrictamente con el contenido del texto constitucional y sí que expresaban por el contrario toda una serie de angustias y temores por una posible pérdida de seguridades, tanto en el terreno de la estabilidad laboral y las prestaciones sociales como en el de la identidad nacional. Otros problemas como la inmigración o la percepción, ajena a cualquier análisis de las verdaderas responsabilidades, de que el euro era el causante de los problemas económicos y del descenso del nivel de vida, habrían influido también en el rechazo del electorado. Evidentemente, como señalaron tras los referendos el presidente de la Comisión, Durão Barroso, y del Parlamento Europeo, José Borrell, era el “contexto” y no el “texto” del Tratado el causante del malestar de franceses y holandeses. Pero esa evidencia resultaba, en definitiva, todavía más inquietante como expresión de una fractura, que abría un distanciamiento entre la sociedad civil y una clase política embarcada en un proyecto, el de la Unión Monetaria, que empezaba a pasar facturas no previstas, e incapaz de dar respuesta a otros problemas que, como el migratorio, inquietaban a la opinión pública de algunos países de la Unión.

EUROFOBIA, EUROCRITICISMO Y EMERGENCIA DEL POPULISMO DE IZQUIERDA

Conviene señalar que durante los años inmediatamente anteriores y posteriores al fracaso del Tratado constitucional, los países periféricos de la Unión quedaron bastante al margen de las corrientes eurofóbicas y eurocríticas. Hasta el comienzo de la crisis financiera de 2008, las medidas de convergencia y el acceso a la Unión Monetaria favorecieron el crecimiento de países como España, Grecia, Irlanda y Portugal. Todos ellos experimentaron entre 1996 y 2008 un crecimiento medio del PIB muy superior al de Alemania y Francia, países que, como ya se apuntó, atravesaron por una aguda crisis entre los años 2001 y 2003. La “borrachera de liquidez”, a precios alemanes, que desde finales de siglo se extendió por dichos países periféricos no fue correspondida, sin embargo, con las reformas es-

tructurales necesarias para llegar a una convergencia real en la Eurozona. Por el contrario, el desmesurado aumento en términos absolutos del gasto público –en muchos casos en inversiones improductivas o en gasto corriente, en gran parte de carácter “clientelar”– y el endeudamiento privado de empresas y particulares motivado por la burbuja crediticia colocaban a dichos países en una situación económica muy vulnerable ante cualquier contratiempo futuro.

Las únicas posiciones eurocríticas en los países periféricos durante los años anteriores a la crisis se circunscribían al ámbito del comunismo, en franco declive desde la caída del Muro de Berlín. El desconcierto de la izquierda comunista occidental por el impacto de la descomposición del bloque soviético y el fracaso del comunismo en la Europa del Este había encontrado en la “cuestión europea” una de las banderas de referencia con las que seguir manteniendo un espacio ideológico y político diferenciado de la socialdemocracia. Pero los vaticinios sobre el desmantelamiento del Estado de bienestar y de los efectos perversos de la convergencia económica realizados desde el comunismo y desde otros sectores de la extrema izquierda, no solo no se cumplieron en los Estados periféricos de la Unión durante la etapa de la convergencia económica y los primeros años de la moneda única, sino que, por el contrario, la Unión Monetaria podía ser contemplada por la opinión pública de dichos países como principal artífice de una prosperidad sin precedentes, más allá de que la misma estuviera produciéndose sobre bases muy artificiales derivadas de la enorme expansión del crédito.

Esa artificial prosperidad en algunos de los países de la Eurozona originó cierto clima de confianza y de seguridad, sobre todo desde comienzos de siglo, del que sin duda se benefició en términos generales la socialdemocracia. En las elecciones europeas celebradas hasta el año 2004, la media del porcentaje de votos obtenidos por los partidos socialistas de España, Francia, Grecia, Italia y Portugal experimentó un sensible y continuado aumento mientras que el voto comunista evolucionaba en sentido contrario, llegando en 2004 al nivel más bajo de todo el periodo. Es decir, que las posiciones contrarias hacia la Unión Monetaria, por los posibles peligros de las consecuencias negativas en el orden social de la moneda

única, deterioraban a las formaciones políticas que las postulaban, situadas a la izquierda de la socialdemocracia, sin que sus críticas hicieran mella en la opinión pública y el electorado. En realidad, lejos de producirse esos peligros, la fase expansiva atravesada por los países que más iban a resentirse posteriormente como consecuencia de la crisis contribuyó a que no se alterasen sustancialmente el comportamiento relativo al gasto público y las prestaciones sociales de los distintos Gobiernos, como tampoco significó una decidida amortización de la deuda pública. Tampoco fue aprovechada, como ya se ha dicho, para acometer a fondo las reformas estructurales exigidas por los retos económicos de un mundo cada vez más globalizado.

Así pues, hasta finales de la década del 2000 no iba a cambiar el *statu quo* de la correlación de fuerzas entre la socialdemocracia y las formaciones políticas situadas a su izquierda. Muy al contrario, la socialdemocracia, ya como gestora directa del viejo “modelo social”, ya como alternativa a los gobiernos de la derecha, ejerció hasta los momentos en que la crisis económica y financiera hizo impacto en la opinión pública un aplastante predominio en el conjunto de la izquierda. En los países que todavía contaban con presencia de antiguas fuerzas comunistas, la socialdemocracia mantuvo o reforzó sus posiciones hasta el año 2008 con una tendencia al aumento de su respaldo electoral que contrastaba con la atonía o el declive del voto a las formaciones comunistas.

Dicha situación cambió significativamente, sin embargo, tras la crisis de 2008, incubándose desde entonces el descontento social que ha aflorado en las elecciones europeas de 2014 y ha afectado, especialmente en algunos de los países periféricos de la Unión, a las formaciones políticas mayoritarias. En las elecciones europeas de 2009 la socialdemocracia comenzó a experimentar, con ligeras excepciones, un acusado retroceso respecto a las anteriores elecciones de 2004. En Francia, los socialistas obtuvieron un 16,5% de votos frente al 28,9% de las elecciones de 2004. El Partido Socialista de Portugal descendió del 44,5% en 2004 al 26,5% en 2009. En España e Italia la socialdemocracia experimentó también significativos descensos en las elecciones al Parlamento Europeo de 2009, al igual que ocurrió en el Reino Unido, Austria, Dinamarca y Holanda. Pero de esos descensos no se beneficiaron los partidos comunistas, que

apenas mantuvieron su escaso respaldo electoral anterior o sufrieron incluso, como en el caso de España, Grecia o Italia, una pérdida de votos. Por el contrario, lo que se produjo a partir de la crisis es la emergencia y el avance de partidos que, aunque por lo general minoritarios, han empezado a competir en algunos países europeos, desde la extrema izquierda, por el espacio político ocupado por el comunismo y, en parte también, por la socialdemocracia.

La crisis ha tenido así pues el efecto de originar, sobre todo en los países periféricos de la Unión, una pérdida de identidad de la socialdemocracia al optar esta por inevitables políticas de ajuste cuando ha ocupado el poder o al encontrar, cuando ha ejercido o ejerce la oposición, una creciente contestación a su izquierda desde sectores radicales que le reprochan haberse plegado a los designios “neoliberales” del proceso de integración europea. En las elecciones legislativas de 2009 la socialdemocracia alemana, ya en la oposición desde 2005, sufrió un sensible retroceso en su porcentaje de voto. En mayo de 2010 los laboristas británicos perdieron las elecciones frente al conservador David Cameron. En Portugal y España la derrota de los socialistas, estrechamente ligada a las medidas de ajuste adoptadas frente a la crisis, tuvo lugar respectivamente en junio y noviembre de 2011. El hundimiento más espectacular de la socialdemocracia se produjo en Grecia. En las elecciones legislativas de mayo de 2012, el PASOK se desplomó desde el 44% obtenido en 2009 a tan solo el 13% de apoyo electoral, y en las nuevas elecciones de junio de ese mismo año retrocedió al 12%. En Italia, el Partido Democrático, heredero de la antigua izquierda socialista y comunista, retrocedió también electoralmente en las elecciones de 2013 en un marco de descomposición y fragmentación del sistema político italiano que tuvo su expresión más acabada en la irrupción del “Movimiento 5 Estrellas”, encabezado por el cómico Beppe Grillo, que obtuvo el apoyo de más del 25% del electorado.

La tendencia declinante de la socialdemocracia europea en las diversas elecciones nacionales desde el comienzo de la crisis solo se ha visto momentáneamente interrumpida por el triunfo del Partido Socialista en Francia en las elecciones presidenciales y legislativas de 2012. Pero dicho

triumfo, conseguido en gran medida por la expectativa de un giro en las políticas económicas y sociales prometido por el nuevo presidente François Hollande, no ha dado origen a una auténtica alternativa frente al anterior Gobierno de la derecha capaz de consolidar al socialismo francés como gestor de una nueva política. Antes bien, los adversos resultados en las elecciones municipales de marzo de 2014 reflejaron la pérdida de apoyo electoral del PSF por el abandono del programa con el que Hollande logró acceder a la presidencia; abandono que ha cobrado especial relevancia tras la aprobación de una política de sustanciales recortes con la que hacer frente a los compromisos adquiridos por Francia para el cumplimiento del Pacto Fiscal europeo. El nombramiento en abril de 2014 como nuevo primer ministro de Manuel Valls, máximo exponente del ala más liberal del partido, reforzó el cambio de rumbo emprendido por Hollande expresando el desdibujamiento ideológico y la ausencia de un proyecto político específico y diferenciado por parte del socialismo francés; fenómenos que, en sus rasgos básicos, se dan también en otros países como España y Grecia.

LA INFLEXIÓN DE LAS ELECCIONES EUROPEAS DE 2014

Aunque los resultados de las elecciones europeas de 2014 han supuesto un severo correctivo en algunos países de la Unión a la socialdemocracia, esta ha aumentado su representación parlamentaria en el cómputo global europeo como consecuencia del mantenimiento de sus posiciones en el espacio nórdico y centro oriental, y de un significativo aumento en tres países: Rumanía, Italia y Gran Bretaña, que responde a distintas causas. En los dos primeros, al reciente cambio político hacia la izquierda y no verse implicada todavía por ello la izquierda socialdemócrata en las consecuencias de las políticas de ajuste; en el caso de Gran Bretaña, al desgaste que por idénticas razones, pero en sentido contrario, ha padecido el Gobierno de coalición liberal-conservador. Las formaciones conservadoras han acusado también un significativo retroceso en comparación con las anteriores elecciones de 2009. No obstante, observando el comportamiento electoral de los cinco países con mayor representación en el Parlamento Europeo, puede constatar una

diferenciación entre el grupo compuesto por Alemania, Gran Bretaña e Italia y los dos países restantes, Francia y España. En el primer caso se dan los porcentajes más altos de voto a la derecha y a la izquierda pro-europeas, que supera en conjunto el 50% del total, destacando Alemania con casi un 64% del voto a los dos partidos que actualmente forman la coalición de gobierno. En el caso de Francia y España se dan los peores resultados conjuntos de dichas formaciones políticas, no llegando la suma de votos de ambas al 50%, lo que quizá indique el comienzo de una futura divergencia entre unos y otros países europeos en función del grado de consolidación de las opciones populistas.

TABLA 2

Porcentaje de voto a socialdemócratas y conservadores

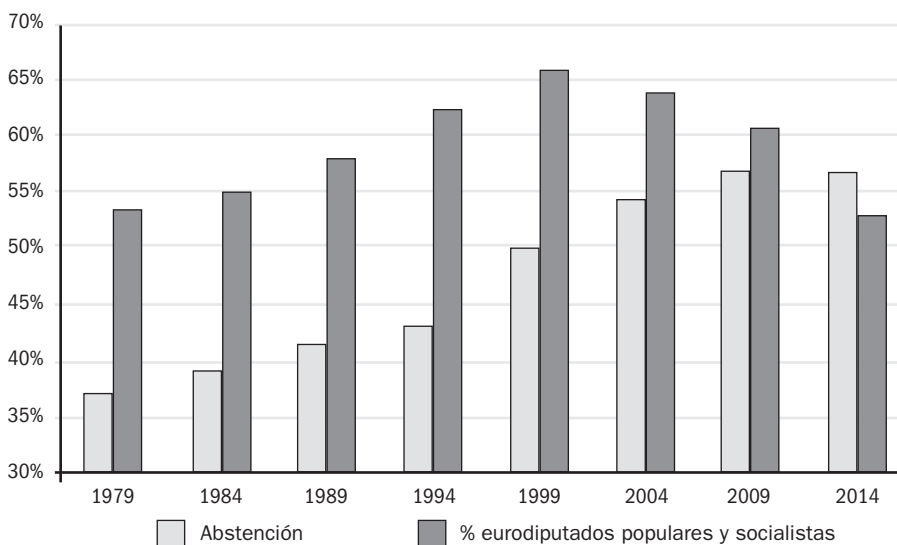
Países por orden de % de voto	Socialdemócratas	Países por orden de % de voto	Conservadores
1. Italia	34,50%	1. Alemania	36,30%
2. Alemania	27,40%	2. Reino Unido	30,81% ⁽¹⁾
3. Reino Unido	25,40%	3. Italia	27,50% ⁽²⁾
4. España	23,04%	4. España	26,03%
5. Francia	13,98%	5. Francia	20,79%

(1) Conservadores y Liberal-demócratas; (2) Incluyendo Liga Norte

Para el conjunto de la Unión se detecta un descenso en el porcentaje conjunto de votos y en el número de eurodiputados de los partidos que hasta el momento han conformado los dos grandes grupos parlamentarios europeos, popular y socialista, que junto al grupo liberal han constituido la base mayoritaria de apoyo al actual diseño de la Unión Europea. Como puede apreciarse en el gráfico adjunto, desde las primeras elecciones por sufragio universal al Parlamento Europeo en 1979 hasta finales del pasado siglo, se produjo un continuado aumento del respaldo electoral de ambas formaciones políticas. Dicha tendencia tuvo un punto de inflexión en las elecciones europeas de 2004, que se ha acentuado hasta las últimas elecciones de 2014, en las que la emergencia de los populismos de derecha e izquierda ha determinado que el porcentaje de eurodiputados populares y socialistas haya caído al valor más bajo de toda la serie.

GRÁFICO 1

Eurodiputados populares y socialistas (% sobre el total de escaños) y porcentaje de abstención en las elecciones europeas



Ese cambio de tendencia en la representación política se ha acompañado también de un cambio en la tendencia creciente a la abstención del electorado, que había llegado a sus valores más altos en las elecciones al Parlamento Europeo de 2009. La participación en las elecciones de 2014 ha sido ligeramente superior, confirmando la percepción de que, al menos en la Europa occidental –y significativamente en los países de la Eurozona–, la ciudadanía ha tenido más estímulos para hacer visible posiciones críticas respecto a algunos aspectos de la integración europea pero, sobre todo, de las respectivas políticas nacionales. El dato se hace más relevante si se tiene en cuenta que en los países de la Europa oriental, no pertenecientes en su mayoría a la Unión Monetaria, se han agudizado, como puede verse en la Tabla 3, las tendencias a la baja participación ya habituales en dichos países, no solo en las elecciones europeas sino también en sus elecciones nacionales.

TABLA 3

**Porcentajes de abstención en los antiguos países comunistas
(Elecciones de 2014)**

País	Abstención	País	Abstención
Eslovaquia	87%	Croacia	74,9%
Rep. Checa	80,5%	Hungría	71,1%
Eslovenia	79%	Rumanía	67,8%
Polonia	77,3%	Bulgaria	64,5%

La visualización por parte del electorado de una mayor posibilidad de protagonismo de la ciudadanía, como consecuencia de algunas reformas introducidas en el Tratado de Lisboa, puede haber influido en la relativamente aceptable evolución de la participación en comparación con los comicios anteriores. La aparición por primera vez en una campaña electoral europea de posibles candidatos a la presidencia de la Comisión ha dado a las recientes elecciones un componente de mayor europeidad, que quizá haya servido para contener la creciente apatía e indiferencia que se venía produciendo en los comicios anteriores, planteados siempre como irrelevantes desde el punto de vista decisorio para las políticas de la Unión. En tal sentido, las consecuencias de las políticas monetarias del Banco Central Europeo, interpretadas en clave nacional, sí que han centrado buena parte del debate electoral y han servido de base para el crecimiento de la eurofobia y el eurocriticismo, en sus más variadas vertientes ideológicas. Hasta el punto de producirse una gran similitud en las propuestas económicas de formaciones tan aparentemente distantes como el Frente Nacional de Marine Le Pen en Francia o la emergente “Podemos” en España.

Pero no hay duda de que, como en anteriores consultas europeas, han sido fundamentalmente las cuestiones nacionales las que han determinado el comportamiento del electorado. El malestar originado por el deterioro de la situación económica y el mantenimiento de un alto desempleo, al igual que la desafección ciudadana hacia la clase política en algunos países como consecuencia de la corrupción, o la realización de ajustes presupuestarios para hacer frente a la crisis de la deuda, han dado alas a propuestas demagógicas sostenidas por populistas de derecha e izquierda.

Pero, aunque en clave nacional, el respaldo al populismo evidencia también una fractura en la opinión pública europea respecto a las consecuencias del método de avance hacia una Europa Unida. Con distinta intensidad, según los diferentes países, han sido el rebrote de la identidad nacional y el cuestionamiento de la pérdida de soberanía económica y monetaria los factores fundamentales para explicar esa fractura.

En los países periféricos de la Eurozona, el mantenimiento de la moneda única no se ha acompañado, ni se acompaña, de los verdaderos ajustes y reformas imprescindibles para hacer frente a los déficits estructurales y a un endeudamiento que ha adquirido proporciones alarmantes. El debate sobre una mayor o menor austeridad en el gasto público o sobre la conveniencia de la vuelta a políticas expansivas del crédito –causantes, en gran medida, de la actual crisis– carece de consistencia si no es en relación con una posible ruptura de la Eurozona o un nuevo diseño de la misma, a lo que, sin duda, apuntan algunas tendencias populistas. Aceptando el marco de la actual Unión Monetaria, el denominado “austericidio”, esgrimido desde la izquierda eurocrítica pero también, de forma oportunista, desde la socialdemocracia –allí donde no gobierna– contra las políticas de ajuste, constituye una auténtica fantasía, dada la escasa entidad de auténticas políticas de adelgazamiento del Estado.

En realidad, con muy ligeras excepciones, los Gobiernos de los países de la UE más afectados por la crisis coinciden en el planteamiento de que la disminución de la deuda y la búsqueda del equilibrio presupuestario constituyen un serio obstáculo para el crecimiento económico. Pero dicho planteamiento no resiste una mínima comprobación empírica y representa más bien una justificación para no adoptar profundas reformas estructurales con las que recortar el tamaño del Estado. Tanto la derecha como la izquierda pro-europeas de los países aquejados por la crisis de la deuda se han situado así prácticamente en un mismo espacio político desde el que se han realizado recortes solo cosméticos y coyunturales, pero en sectores muy sensibles cuyo deterioro, sin embargo, por mínimo que resulte, produce un malestar social que ha sabido aprovechar con éxito el populismo para su ascenso en las últimas elecciones al Parlamento Europeo. Al confiar la consolidación fiscal y presupuestaria al aumento de la recaudación

tributaria, mediante la subida de impuestos, se ha agravado también dicho malestar y se han introducido además obstáculos adicionales para la reactivación económica y la creación de empleo.

La defensa del diseño de la Unión Monetaria surgido del Tratado de Maastricht resulta pues contradictoria con las políticas desarrolladas para la salida de la crisis, tanto por la derecha como por la socialdemocracia. Quizá resulten más coherentes las soluciones populistas de abandono del euro para seguir manteniendo, e incluso aumentando, una estructura de gasto sobredimensionada. Claro está que, con ellas, se ahondaría todavía más la brecha entre países en el seno de la Unión con unos costes sociales y económicos difícilmente imaginables. Los acontecimientos futuros nos dirán hasta qué punto la inflexión que muestran los resultados de las recientes elecciones europeas es solo episódica o si se proyecta a próximas consultas electorales de carácter nacional –hay que mirar sobre todo a Francia– agravando la actual crisis europea.

PALABRAS CLAVE

Unión Europea • Elecciones en Europa • Partidos Políticos • Estado de bienestar
• Populismo

RESUMEN

En este artículo se analizan las razones del ascenso del populismo en las elecciones europeas de 2014 desde el supuesto de que dicho ascenso tiene sus antecedentes en una previa situación de crisis del modelo de crecimiento europeo y del Estado de bienestar. Se analizan también el diferente comportamiento electoral de los principales países de la Unión Europea y la evolución del respaldo electoral de los partidos políticos mayoritarios en el Parlamento Europeo.

ABSTRACT

In this article we analyze the reasons of the populism rise in the European elections of 2014 under the supposition that this rise took place in a previous situation of crisis of European growth's model and of the Welfare State. We also analyze the different electoral behavior of the principal European Union countries and the evolution of the electoral support to the political parties with majority in the European Parliament.

CUADERNOS DE PENSAMIENTO POLÍTICO
DISPONIBLE EN JSTOR



FAES, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales
tiene el placer de informar que todos los números pasados
de Cuadernos de Pensamiento Político están disponibles en
la red a través de JSTOR, el sistema de archivo digital
sin ánimo de lucro, así como en la propia
página web de nuestra Fundación.

Los usuarios y las instituciones que accedan a la sección
Arts & Sciences VI Collection de JSTOR podrán leer,
buscar, descargar e imprimir las versiones completas en
PDF de todos los artículos pasados de nuestra revista,
desde su primera edición en 2003 hasta el año de
publicación más reciente.

La Fundación FAES está orgullosa de poder colaborar
con JSTOR en la conservación y amplia difusión de la
literatura histórica de nuestra revista.

JSTOR es una organización sin interés lucrativo dedicada a
ayudar a la comunidad académica a descubrir, emplear y
desarrollar un amplio abanico de contenidos intelectuales
que se almacenan en un Archivo digital de confianza.

Para más información sobre JSTOR por favor visite
<www.jstor.org>

Para más información sobre FAES por favor visite
<www.fundacionfaes.org>